

Capítulo 538: Qliphoth

La protectora del kimono blanco no apartó la mirada de Vergil, pero su tono gélido no ocultó ni una pizca de incomodidad.

Ella no estaba mintiendo. Esa cosa —el Árbol, la entidad latente, el corazón que latía desde antes del tiempo— lo había llamado.

Vergil sonrió como si ésta fuera la confirmación que siempre había esperado. Sus pasos resonaban constantemente y el sonido contrastaba con el tenso silencio del grupo.

"Todo lo que deseo, ¿eh?" Levantó la gema negra, que ahora temblaba en su mano como un animal enjaulado. "Así que no es sólo una joya. Es una clave."

Naberio entrecerró los ojos y se mordió el labio con sádico placer. "Si es así, quiero ver la puerta que abre." Su espada ardía con llamas discretas, como si él también estuviera impaciente.

Zafiro resopló y dio un paso adelante. "Idiota." Si pones tu mano allí sin pensar, te convertirás en ceniza antes de tener la oportunidad de reír.

"Ah, Zafiro..." Virgilio se rió suavemente, con una risa entrecortada y febril. "Es precisamente el riesgo lo que le da al premio su dulzura."

Sepphirothy frunció el ceño, observando cada detalle de la fruta suspendida. Sus ojos se entrecerraron como cuchillas. "No es sólo poder", dijo. "Esta fruta es una prueba. No revela nada. Te obliga a arrancar de ti mismo lo que más temes perder."





Ada se estremeció y tiró del brazo de su madre. "Mamá... no lo dejes. Si toca eso, no volverá igual."

Rafaelina sostuvo firmemente la mano de su hija, pero no respondió de inmediato. Sus ojos estaban fijos en Virgilio. No sobre el hombre que todos veían —arrogante, provocador, adicto al caos—, sino sobre algo más allá, a la sombra de un abismo que siempre lo había acompañado. Ella juntó los labios y dijo suavemente:

"Él nunca regresa igual."

La fruta pulsaba más fuerte, como si respondiera al acercamiento de Virgilio. Cada latido resonaba en el pecho de todos, como si el corazón colosal del Árbol quisiera alinear el ritmo de sus cuerpos con el suyo.

De repente, el lago de savia burbujeó violentamente. Surgieron vapores dorados y dentro de ellos comenzaron a formarse imágenes—visiones destrozadas, fragmentos de lo que podría ser.



Ejércitos ardiendo bajo la luz de Zafiro. La risa de Naberio resonando sobre campos de huesos. Sepphirothy se bañó en la oscuridad, luchando contra su propia sombra. Rafaelina con su guadaña levantada, rodeada de los cadáveres de sus aliados. Ada sola, llorando en un bosque desierto.

Y, en el centro, siempre en el centro, Virgilio.

Ahora coronado de sangre, ahora crucificado por cadenas de luz, ahora caminando sobre ruinas como el único sobreviviente.

"Jaja..." dejó escapar un suspiro casi de éxtasis. "¿Entonces esto es lo que me muestras?" El precio y la gloria, uno al lado del otro.

La protectora cerró los ojos, como para evitar presenciar lo que estaba por venir. Su voz sonaba débil, pero aún aguda:

"Toca la fruta y te destrozarás hasta que no quede nada más que tu verdad. El Árbol no juzga con misericordia. Se rompe."

Virgilio levantó la mano y el cristal negro pulsaba al unísono con el fruto suspendido.

Él sonrió. No es una sonrisa de bravuconería, sino de alguien que aceptó la locura como destino.

"Entonces déjalo rasgar."

Y dio el paso final hacia el Corazón de la Semilla.

"¡Vergil!" Rafaelina gritó, pero su voz resonó lentamente, como si el espacio se hubiera tragado el sonido.

En el instante en que sus dedos rozaron la superficie de la fruta, una ráfaga de luz negra y dorada llenó la habitación. Las raíces temblaban, la savia hervía y todos eran arrojados contra las paredes, como hojas en un vendaval.

El lago rugió, y todo el Árbol pareció despertar, y el cuerpo de Virgilio simplemente... Se rindió y cayó.

...





Vergil no pudo precisar el momento en que perdió el conocimiento. Sólo recordaba la explosión de luz negra y dorada, el dolor que recorría su cuerpo en direcciones opuestas, y luego... nada. Ni siquiera el consuelo de la oscuridad. Sólo un corte, un vacío.

Cuando volvió a abrir los ojos, no reconoció el lugar.

El suelo bajo sus pies estaba hecho de raíces grises que se retorcían como serpientes petrificadas. El aire era espeso con un olor acre y metálico, como sangre expuesta al sol. Arriba, en lugar de cielo, había un velo carmesí que parecía latir como carne viva.

Vergil respiró profundamente y casi se ahoga. No era aire. Era como respirar humo mezclado con hierro líquido.

Dio unos pasos adelante y el paisaje se reveló.

Un bosque demoníaco se extendía hasta donde alcanzaba la vista: árboles retorcidos, hojas como hojas, troncos que rezumaban pus verdoso que caía en charcos hirvientes. Entre las ramas, las figuras se movían, siempre fuera de la vista, como si el propio bosque estuviera observando.

Pero lo que dominaba la escena era el lago.

Un vasto lago, oscuro y viscoso, cubría casi todo el claro que tenía ante él. Sus ondas se movían lentamente, como si respiraran. Cada burbuja que subía a la superficie explotaba en vapores rojos, que subían al aire y se extendían como velos de humo.

En el centro de este lago había una pequeña isla. Una zona de tierra seca, inapropiadamente tranquila, como una cuestión de orden en medio del caos.



Virgilio entrecerró los ojos y evaluó. Sintió que la llamada venía de allí.

Y entonces, sin darse cuenta, en un abrir y cerrar de ojos... él estaba allí.

La isla bajo sus pies era sólida, cubierta de un musgo oscuro que parecía carne seca. Parpadeó de nuevo y se dio cuenta de algo aún más imposible.

En el centro de la isla había una mesa de té.

Pequeño, elegante, fabricado en un metal oscuro que brillaba bajo la luz roja del lago. Sobre él se cocinaron al vapor dos tazas. El vapor subía en espirales perezosas, perfumado con algo dulce —miel, canela, tal vez sangre caliente.

Sentada a la mesa había una mujer.

Vergil no tuvo tiempo de reaccionar. En un momento estaba de pie; al siguiente, estaba sentado en la silla, con la mano apoyada junto a la taza preparada para él.

Su mirada se elevó lentamente hacia ella.

Lo primero que notó fue su piel: un rojo intenso, brillante como mármol pulido, que parecía absorber y reflejar la luz del lago al mismo tiempo. Su largo cabello caía en cascadas incandescentes, una llama viva en tonos anaranjados y dorados. Se movía como si respirara, siguiendo el pulso de la habitación.

En su cabeza, un sombrero colosal de ala ancha proyectaba sombras que ocultaban la mitad de su rostro. Sin embargo, de sus labios pintados de negro





brillaba una sonrisa discreta —peligrosa, insinuante, como una espada cubierta de seda.

Su cuerpo... era inhumanamente perfecto. Hombros anchos y femeninos, cintura esbelta, caderas anchas y llenas. Sus voluminosos pechos levantaban la tela de su vestido negro como montañas sombrías, y cada curva parecía haber sido esculpida no por la naturaleza, sino por intención divina —o demoníaca—. El aura que emanaba de ella no era simplemente de poder. Fue un sentimiento de tentación, de supremacía, de algo que obligó a su mirada a permanecer.

Vergil sintió que su estómago se tensaba, no de miedo, sino de reconocimiento. Estaba de pie ante algo antiguo. Algo hermoso y devastador.

"Es bueno saber que la sucesora de ese dios demonio idiota," dijo, con su voz tan suave como la miel pero espesa de hierro, "es alguien que tiene tanto... potencial."



La frase estuvo acompañada de un delicado sorbo de té. Sus largos dedos, con afiladas uñas negras, sostenían la porcelana como si fuera un tesoro.

Virgilio abrió la boca, confundido, dispuesto a responder—pero las palabras no llegaron. Sólo silencio.

Se dio cuenta de que estaba atrapado. No físicamente, sino en presencia. Era como si el espacio que lo rodeaba no permitiera otra acción que observarla.

Y en ese instante se dio cuenta de algo aún más incómodo: no sabía cómo se había sentado allí. Él simplemente estaba allí.

Tragó fuerte.

"Tú eres... ¿quién?" Su voz era ronca, pero firme.

Ella sonrió, inclinando ligeramente la cabeza hacia un lado. El sombrero proyectaba una sombra sobre su boca, pero no ocultaba el exuberante brillo de unos dientes perfectos.

"Qliphoth."

